

Alejandro Riera Guignet

Carta para Norman Osborn



Norman, no te van a gustar estas palabras, pero te escribo porque quiero saber. Quiero saber ¿por qué? ¿por qué has convertido tu vida en un torbellino de locura? ¿por qué has convertido la vida de los demás en un desierto de pena y de soledad? Como todos, te tengo miedo, pero eso no me impide enviarte esta carta...

Al principio, bajo los lápices de Ditko me pareciste un extraño personaje, malvado sin duda, pero algo grotesco y, la verdad, no me inspiraste mucho miedo.



Lo que nadie podía negar es que habías salido de los lápices de Ditko. El de Pensilvania era todo un especialista en lo raro y lo grotesco. Para la colección de Spider-Man había creado hombres-pulpo, lagartos humanos, especialistas con peceras en la cabeza, circos con hipnotizadores... y ahora aparecías tú. ¡Un duendecillo de grandes orejas sobre una escoba voladora!



Eso fue lo grotesco de lo grotesco y no nos sorprendió leer el título de tu primera aparición: La grotesca aventura del Duende Verde.



Leí fascinado esas extrañas páginas donde proponías al trepamuros rodar una película en el desierto.



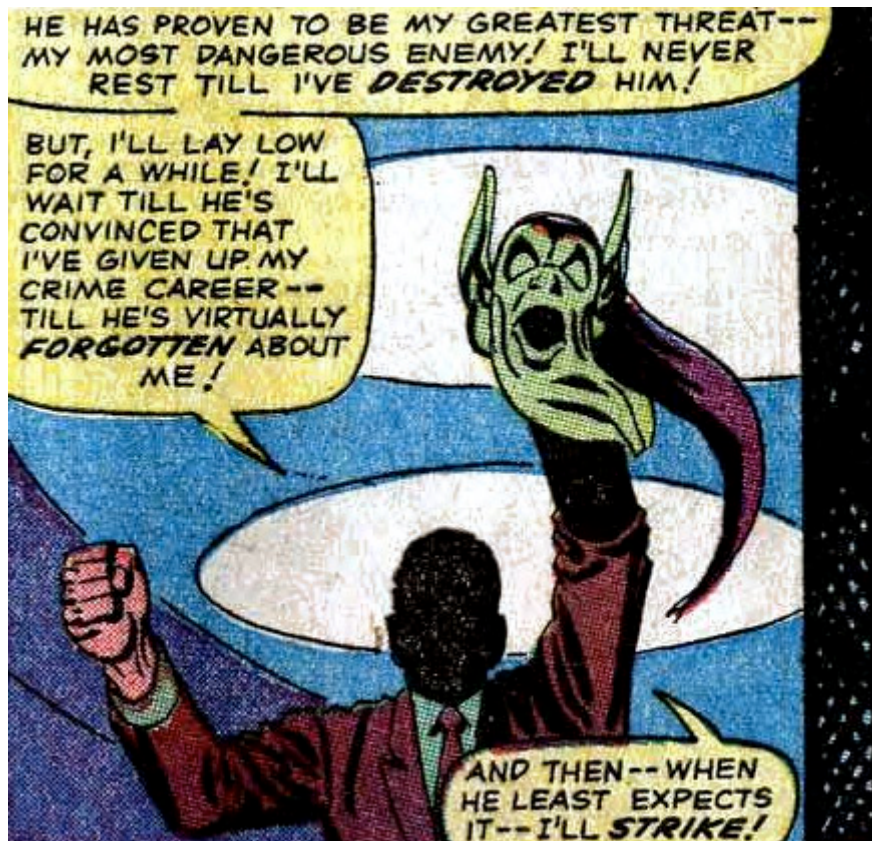
Luego sabríamos que se trataba de una trampa y que, con los Forzadores, querías convertir la película en una batalla mortal para Spider-Man. Hay que reconocer que todo ello era un argumento extravagante en la ya de por sí muy extravagante vida de Spidey.

La verdad es que esta primera aparición me la tomé como un extraño divertimento. No fue algo serio ni mucho menos. Aunque reconozco que un detalle llamó mi atención: el misterio de tu identidad secreta.



Durante mucho tiempo me obsesioné con tu silueta trajeada escondida detrás de un espejo. ¿Quién eras? En estos primeros años de la colección fuiste uno de los misterios mejor guardados. Sólo el rostro oculto de Mary Jane consiguió intrigarnos tanto a los lectores de entonces. El Duende y Mary Jane, ambos ocultos, ambos en secreto; la muerte y el amor, Thanatos y Eros con el rostro velado pero marcando a fuego la colección desde el principio.

Muchos otros ocultaron su rostro, pero fueron desenmascarados en pocos números. Me refiero a tus competidores, al Gran Hombre, al Señor del Crimen... Todos ellos, como tú, aspiraban a controlar el hampa, pero todos acabaron derrotados y desenmascarados. Sólo tú te ocultaste en las sombras conservando tu misterio.



Yo, ante tu rostro oculto, sólo podía especular. Por tus palabras parecías una persona inteligente y cerebral, calculadora, fría, con la paciencia suficiente como para hacer planes y reaparecer en el momento oportuno.

Y vaya si apareciste. ¡Y yo que creía que habías sido la extravagancia de un solo episodio! Regresaste varias veces. Primero humillaste en público a Spider-Man ante la Antorcha Humana y ante el mundo. Esta vez con un deslizador modernizado y más letal.



A continuación, derrotaste a Spidey y lo mostraste encadenado ante el hampa neoyorquina. Los gánsters, que hasta entonces no te habían tomado en serio, se dieron cuenta de su error. Podías ser peligroso, muy peligroso, a pesar de tu aspecto grotesco.

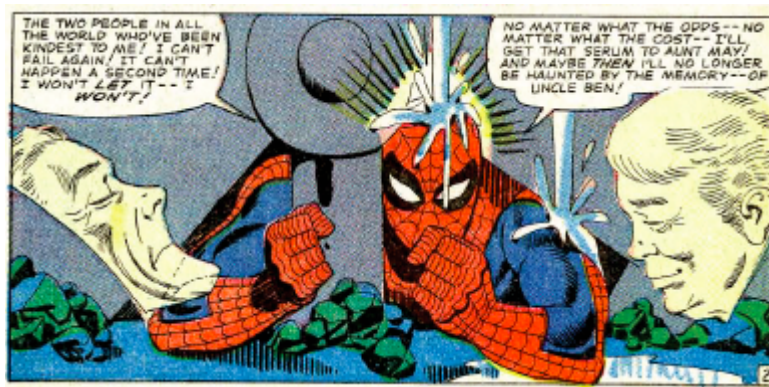


A cada nueva aparición daba la sensación de que eras más letal. Llegaste casi a desenmascarar a la araña, pero entonces Ditko no te volvió a convocar más y el misterio permaneció latente... ¿Quién eras bajo la máscara?

Llegábamos a un momento clave para el desarrollo de la colección y los creadores de la misma no estaban de acuerdo en absoluto con el futuro desarrollo de The Amazing Spider-Man. Se trataba de dos concepciones casi opuestas y era imposible llegar a un entendimiento.

Stan Lee tenía una concepción muy clara de lo que debía ser un cómic. Para Lee lo importante era lo melodramático e impactar al lector, aunque se pusiera en duda la verosimilitud de la trama.

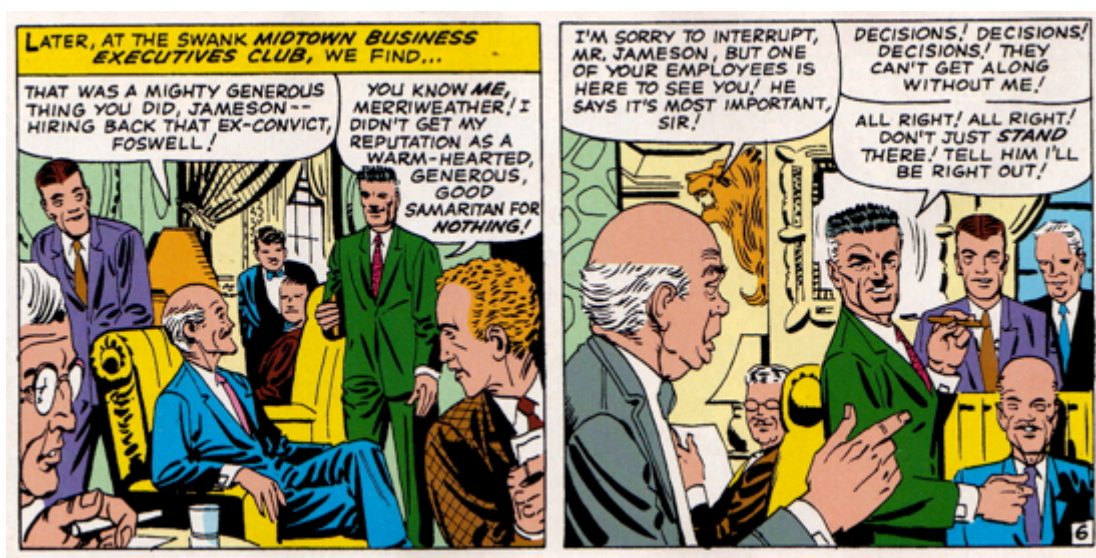
Ditko, en cambio, defendía una concepción más “realista” de las aventuras de Spidey; no le interesaban demasiado los superpoderes ni el gran espectáculo. Como, además, colaboraba cada vez más en los argumentos, la serie iba derivando hacia un mundo repleto de gánsters sin superpoderes con un héroe torturado hasta el masoquismo por su sentido del deber. Quizás era ya la ideología de Aynd Rand que influía en sus pinceles.



Podemos decir, pues, que Ditko pintaba dibujos morales y que Stan Lee rellenaba los bocadillos con sus textos melodramáticos y sus guiños al lector. Para Ditko, en fin, era una cruzada íntima y moral, mientras que para Stan Lee era una cuestión de alcanzar al gran público. La encrucijada se había abierto y ya hacía tiempo que los creadores habían tomado distintos caminos.

Si Ditko te hubiera desenmascarado, Norman, habríamos descubierto que no eras nadie, acaso un gángster más; tan sólo un rostro desconocido para Peter y para nosotros. Esa era la concepción realista de Ditko. Y si te hubiera puesto tu rostro, Norman, la cosa no habría cambiado mucho. Visto por Ditko, eras frío, calculador e implacable, exactamente igual que el Duende Verde. Para el dibujante sólo había buenos y malos, la ambigüedad no era posible y tú eras de los malvados, Norman, sin lugar a dudas.

Para Ditko, tú eras alguien integrado en los más poderosos círculos sociales.



Eras alguien calculador, frío y capaz de llegar al asesinato.



¿Eras un loco, Norman? A mí, en la etapa de Ditko, no me lo parecía. Alguna vez, es cierto, aparecieron gotas de sudor que perlaron tu frente, pero fueron gotas de miedo, fue el temor a que descubrieran tus maquinaciones.



Ése fuiste tú, Norman, para Steve Ditko: un ser de una pieza, maquiavélico y frío. No habría habido diferencia alguna entre tus dos identidades. Habrías sido, en fin, un

villano más. Un Señor del Crimen que duró algunos números más. Pero no fue Ditko quien te arrancó la máscara y la historia fue distinta, muy distinta.

Fueron Stan Lee y John Romita los que desvelaron el secreto y el personaje que apareció tras la máscara fue prácticamente una nueva creación: un personaje esquizofrénico y obsesivo. Ya no serías el malvado granítico creado por el moralista Steve Ditko. Ahora serías un dios Jano de dos caras: un pacífico e inocente Norman que albergaba en su interior al agresivo y cruel Duende Verde.

El nuevo equipo creativo conservó, sin embargo, el magnífico diseño de Ditko, pero Romita redondeó tus rasgos faciales y exageró la expresión desorbitada de tu mirada. ¿Por qué razón lo hicieron? Quizá Stan Lee quería ofrecer la imagen de un loco alucinado. El paso de Ditko a Romita suponía, en fin, tu caída en la locura, Norman .



Como hemos visto, para Stan Lee, el espectáculo lo era todo y el momento de tu desenmascaramiento requería, como mínimo, un castillo de fuegos artificiales. Romita se lo sirvió en bandeja y esta vez los grandilocuentes textos de Lee tuvieron su contrapartida gráfica:

“¡Esos rasgos! ¡ese nombre! Por supuesto, ¡estás relacionado con mi compañero de clase! ¡eres el padre de Harry Osborn!”



Era el drama en estado puro. Stan Lee jugaba sobre seguro y se aseguraba que los lectores se quedaran enganchados al final del *Amazing Spider-Man* #39. ¡Era imposible no querer leer el siguiente número! ¿Cómo va a salir de ésta Peter? Nunca antes el protagonista y el antagonista se habían desvelado frente a frente. Era una bomba y con esa revelación la colección pasó a un plano mucho más profundo, mucho más peligroso.

Ya te he dicho, Norman, que en la época de Ditko no me diste mucho miedo. Ahora sí. Al descubrir la identidad secreta de Spider-Man te convertiste en un enemigo peligroso de verdad. Si la vida de Peter era una condena y una tragedia íntima, tú eras ahora el enemigo íntimo. Como un escalpelo llegabas hasta dentro para hacer más daño. Siempre recordaremos tu voz chillona repitiendo “Parker” “Parker” para desestabilizar a la araña. Ésa fue siempre tu arma más poderosa, no tus murci-navajas ni tus bombas-calabaza. Sabías la identidad del héroe, conocías lo más íntimo, sus debilidades y temores. Y decidiste llevar tus ataques hasta el final, hasta el final absoluto.



Ésa fue la senda escogida por los autores de la colección. La espiral de violencia y de sinrazón se extendía a partir de ahora. Ya no eras frío, Norman, ni calculador como en la etapa de Ditko; eras febril y delirante y esas gotas de sudor, que para Ditko, significaban miedo, eran ahora el símbolo de tu delirio esquizoide.

Antes sobrevolabas la ciudad para dominar al hampa. Ahora corrías como un demente hacia almacenes oscuros. Eras un esquizofrénico monomaniaco con la única obsesión de acabar con Spider-Man. Tus batallas con Parker eran cada vez más una macabra lucha entre el gato y el ratón con una trampa final: el inmenso puente de Brooklyn. Te habían transformado, en suma, en una marioneta de tus propios delirios.



Fue acaso esa obsesión por la araña la que te hizo perder la razón, Norman. No echemos toda la culpa de tu cambio a Lee y Romita. Quizás, al inicio de tu carrera, conservabas la cordura porque ibas alcanzando tus metas y fue sólo el escollo de Spider-Man el que desató tu esquizofrenia latente. ¿Cómo podía aceptar el gran Norman Osborn ser derrotado por un joven estudiante?



Quisiste ser el amo del mundo, Norman, pero fuiste únicamente el esclavo de tus obsesiones y la espiral de tu locura, Norman, acabó con todos.



. Primero fue Harry que sucumbió en el infierno de la droga.



Luego fue Gwen, la víctima inocente y esa fue tu mayor perfidia, Norman. Matando a Gwen destrozaste a Peter por dentro, mostrando lo inútil de sus esfuerzos heroicos. Habías triunfado porque le habías quitado el sentido y la razón de ser al héroe. No se puede seguir siendo un héroe con una víctima inocente en los brazos.



Finalmente, caíste tú mismo, Norman, devorado por la sima negra de tu propia locura. Y todo ¿para qué?.



Por eso me he atrevido a escribirte a pesar del miedo que me inspiras. Quiero una explicación, pero no para mí, eso no, yo no importo.

Quiero que me expliques el por qué de todos tus actos pero quiero que lo hagas por Peter, por Harry ... pero sobre todo y por encima de todo, por Gwen.



Alejandro Riera Guignet